

algar



COLECCIÓN  
CALCETÍN

# Moby Dick

Herman  
Melville

Versión de  
Jesús Cortés

Dibujos de  
Bauxi



1  
*El viaje*

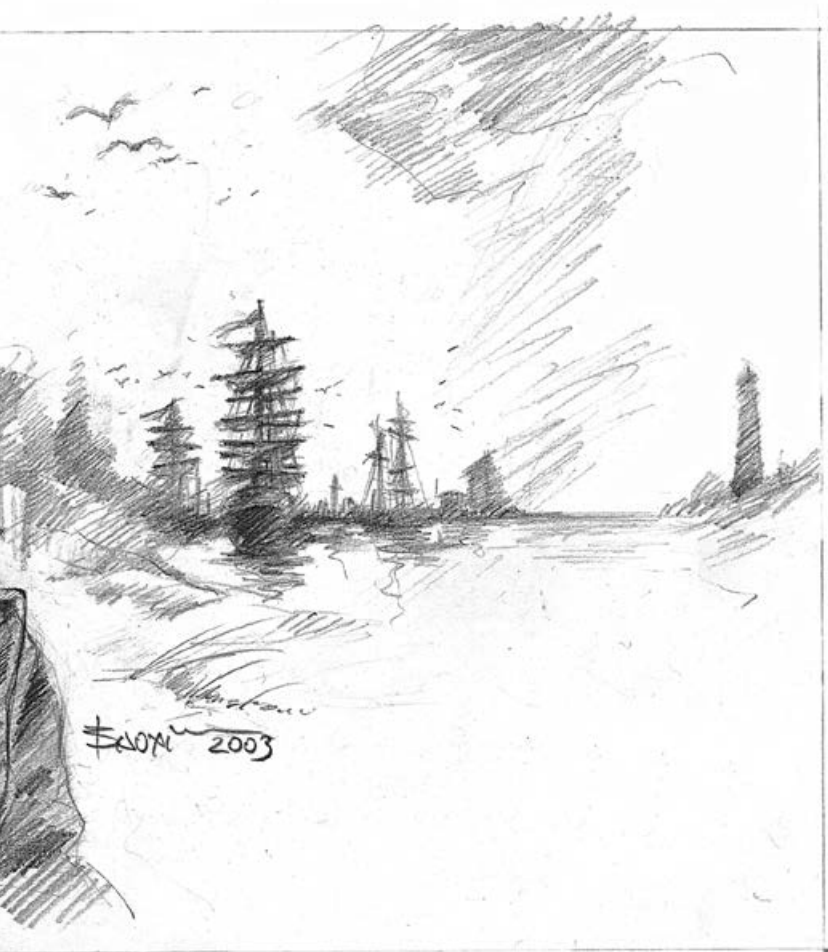
Llamadme Ismael.

Hace algunos años, teniendo poco o nada que hacer en tierra y con los bolsillos medio vacíos, pensé en embarcar con el fin de descubrir los mares y océanos del mundo. Y fue una buena idea porque desde entonces esta es la mejor manera que tengo de librarme de la tristeza y del desasosiego que me provoca la vida en tierra firme. Sin embargo, no creáis que en estos viajes embarco como pasajero. Para viajar como pasajero en un barco es necesario un buen dinero, y yo no lo tengo. Como es lógico, tampoco lo hago como comodoro, capitán o cocinero, pues nunca ha sido mi intención alcanzar la gloria y la importancia que acompañan a esta clase de cargos.

Nada de eso. Cuando embarco siempre lo hago como un humilde marinero, de esos que igual pueden verse en el castillo de proa como en lo alto de los mástiles. Es cierto que en tales condiciones no dejan de darte órdenes, y que tan pronto te encuentras saltando por las vergas como barriendo las cubier-



tas, o atareado con el barril de brea. No obstante, con el paso del tiempo, te acostumbras. Yo lo hago, y además me pagan por la molestia, cosa que no puede decirse de todos aquellos que embarcan como pasajeros. Y entre pagar, y que le paguen a uno hay una gran diferencia.



A continuación hablaré de uno de estos viajes, de uno en concreto, de aquel en el que decidí embarcar en una expedición ballenera. Tampoco penséis que en esta aventura que estoy a punto de contaros me convertí en todo un maestro de la caza de ballenas, ni en el héroe involuntario de nada. Como he dicho, cuando me embarco en estos viajes por mar siempre lo hago como cualquier otro marinero, y, en este sentido, la expedición ballenera no fue diferente.

Es por tal motivo por lo que no creo que mis actos a bordo sean merecedores de un interés especial. Y es por eso mismo por lo que me limitaré a contaros la historia como el humilde testigo que de ella fui, el testigo de una travesía extraordinaria que nunca olvidaré.

Ahora, sin perder más tiempo, comenzaré. Como os he dicho, me esperaba una expedición ballenera. La decisión ya estaba tomada. La verdad es que no sabría explicar por qué tomé tal decisión, pero lo cierto es que los grandes cetáceos, las monstruosas ballenas y los misterios que las rodean siempre me habían despertado una gran curiosidad. Así que, con la caza de ballenas metida en la cabeza, un buen día me colgué al hombro mi saco de marinero y partí hacia Nantucket. Había decidido que sería desde la vieja Nantucket desde donde zarparía en un barco ballenero, ya que esta antigua isla era rica en historias y leyendas que siempre me habían fascinado. En ella

decían que se encontró la primera ballena muerta de América, y de ella se decía también que zarparon por primera vez los aborígenes de estas tierras, los indios pieles rojas, a la caza de la ballena.

Así pues, limpio de corazón y ansioso por vivir nuevas experiencias, inicié el viaje, dejándome arrastrar tal vez por un deseo que ni siquiera ahora soy capaz de explicar.

Ningún obstáculo salió a mi encuentro hasta que llegué a la costera ciudad de New Bedford. Era una noche de sábado del mes de diciembre, y lo primero que me dijeron cuando pregunté en el puerto fue que no zarparía ningún paquebote hacia Nantucket hasta el lunes siguiente. Quedé muy decepcionado. Perder un día y dos noches en New Bedford no entraba dentro de mis planes. Claro que New Bedford también vivía del negocio de la pesca de la ballena, y al día siguiente podría haber embarcado en cualquiera de las numerosas expediciones que zarpaban mar adentro. Pero no lo hice. Estaba completamente decidido a embarcar en un barco de Nantucket, y nada me haría cambiar de opinión. De manera que, con un día y dos noches por delante, pensé que lo mejor que podía hacer era preocuparme por saber dónde podría comer y dormir hasta continuar con mi viaje. Y de eso me ocupé.

Lentamente me adentré por las calles desiertas del barrio cercano a los muelles en el que me hallaba.

La noche era oscura y muy fría, y en los bolsillos tan solo guardaba unas monedas de plata. Tras pasar por delante de algunas posadas, en principio demasiado lujosas para mí, me encontré con otra de aspecto vetusto que creí perfecta para recibir alojamiento y una buena comida caliente. Dentro de la posada apenas había una luz mortecina. Fuera, sobre la puerta de entrada, el viento hacía balancear una madera carcomida que chirriaba como si estuviese herida por la miseria. En ella, pintado de blanco, podía verse un chorro de agua, por debajo del cual se podía leer: «Posada del Chorro. Peter Coffin». Sin duda, pensé, el *chorro* se refería al chorro de agua que lanzaban las ballenas por su lomo. Pero ¿Coffin?, ¿Peter Coffin? El apellido del posadero me sorprendió. *Coffin* tenía un significado que no me resultaba nada atractivo. *Coffin* significaba ‘ataúd’, lo cual, en mi situación, no ayudaba precisamente a dar ánimos. No obstante, recordé que este apellido era muy conocido en Nantucket, y di por sentado que el posadero debía ser de allí.

En cualquier caso, el frío de la noche y mis pies helados no dejaron que me lo pensase demasiado y, sin hacer caso de malos augurios, decidí comprobar cómo era esta Posada del Chorro. Y entré.

2

*El arponero misterioso*

El vestíbulo de la posada era amplio y sombrío. Las paredes eran de madera vieja y de ellas colgaban dardos, arpones herrumbrosos y mazas como las utilizadas por los caníbales salvajes para aplastar cabezas. Algunas incluso mostraban todavía mechones de cabello humano, y verlos me produjo un inesperado estremecimiento.

Después de dejar atrás aquellos trofeos tan macabros, crucé un pasadizo de arcos bajos y entré en el bar de la posada. A la izquierda había mesas y bancos ocupados por marineros. A la derecha, presidida por una majestuosa mandíbula de ballena, estaba la barra. Un hombre secaba vasos tras ella, y me dirigí hacia él. Era el patrón. Cuando le dije que buscaba



una habitación para pasar un par de noches, su respuesta no pudo ser más descorazonadora: no había una sola cama libre en toda la posada.

—Pero, espere —añadió, devolviéndome las esperanzas—. ¿Le importaría compartir cama con un arponero?

—Si le soy sincero —contesté—, prefiero dormir solo, pero en una noche tan fría y en una ciudad desconocida creo que mis deseos carecen de importancia.

—Ya lo suponía —dijo el patrón—. ¿Quiere cenar? La cena estará lista en seguida.

Como es lógico, acepte el ofrecimiento, y a continuación ocupé una mesa en un habitáculo contiguo al salón del bar. Algunos de los marineros que había visto en el salón hicieron lo mismo. Me pregunté si alguno de ellos sería el arponero con el que debía pasar la noche y, mientras devoraba una deliciosa carne con patatas y albóndigas, se lo pregunté al patrón. Me contestó que no.

—¿Y no viene a cenar? —insistí.

—Oh, no —me dijo—, este arponero es un tipo de piel oscura que no come albóndigas. Él tan solo come carne, y le gusta cruda.

Eso de la *piel oscura* no me sorprendió en absoluto. La piel de los marineros podía ser oscura de nacimiento, o podía volverse así por el efecto del sol y de los viajes por mar. En cualquier caso, el color de la piel no me importaba. Un hombre podía ser completamente

honrado con cualquier tipo de piel. En cambio, lo de la carne cruda no me sonó del todo bien. ¿Qué marinero preferiría una carne cruda en lugar de una buena cena como la que nos habían servido?

Después de cenar volvimos al salón del bar y, sin nada que hacer, pasé un buen rato arrinconado mientras le daba vueltas al asunto del arponero. Mientras tanto, llegó la tripulación de un ballenero que acababa de volver de un viaje de tres años. La Posada del Chorro era el primer lugar en el que entraban los marineros, y lo celebraron entusiasmados armando alboroto y emborrachándose hasta casi perder la conciencia.

Mucho más tarde, cuando la tripulación se marchó, el silencio volvió a apoderarse del salón. De vez en cuando entraban algunos huéspedes que rápidamente subían a sus habitaciones. Sin embargo, de mi arponero no había ni rastro, y eso comenzó a preocuparme.

—Señor Coffin —le pregunté—, ¿siempre vuelve tan tarde mi compañero de habitación?

—No —contestó—, normalmente se acuesta pronto y es muy madrugador. Pero creo que esta noche ha salido a vender, y tal vez no habrá podido deshacerse todavía de su cabeza.

—¿De su cabeza? ¿Bromea? ¿Está diciendo que este arponero intenta vender su cabeza por todo New Bedford?

—Exactamente.

—¡Pero de qué habla! ¡Cabeza del demonio! No entiendo nada.

—Si el arponero lo oyese hablar así de su cabeza, seguro que le daría una buena tunda.

—¿De verdad? Pues en tal caso tendría que vigilar que no fuese yo quien le rompiese primero la cabeza que pretende vender.

—No —sonrió el patrón—, si la cabeza ya está rota.

—¿Rota?

—Pues claro, por eso no la puede vender.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Pero con quién demonios pretende que me meta en la cama?

Muy tranquilo, el patrón respondió:

—El arponero acaba de llegar de los Mares del Sur, de donde se ha traído cabezas embalsamadas de Nueva Zelanda. La gente, ya se sabe, compra cualquier cosa que venga de tierras lejanas. El arponero las ha vendido todas, menos la rota, que es la que pretende vender esta noche. Podría hacerlo mañana, pero mañana es domingo y le dije que no estaría bien que vendiese cabezas humanas el día en el que la gente acude a la iglesia.

—¡Por Dios santo! ¡Vaya misterio! —resoplé—. Pero este arponero no será peligroso, ¿verdad?

—Paga bien y no da problemas. No se preocupe de nada.

Más tranquilo, acompañé al patrón a mi habitación. La cama era muy grande y eso me gustó. La

habitación, en cambio, no era nada lujosa. Estaba la cama, una mesa, un estante, las paredes desnudas... En un rincón vi el saco de marinero del arponero, un paquete de anzuelos en un anaquel y un largo arpón apoyado en el cabezal de la cama. Como es lógico, no toqué nada. Rápidamente me desvestí y me acosté, decidido a pasar la noche de la mejor manera posible.

Desgraciadamente, durante un buen rato di vueltas y más vueltas sin poderme dormir. Y cuando, por fin, el sueño comenzaba a cerrarme los ojos, unos pasos en el pasillo me devolvieron a la realidad.

La puerta de la habitación se abrió de repente. El arponero misterioso que vendía cabezas humanas acababa de llegar. Yo, incapaz de mover un dedo, seguí quieto en la cama. El arponero, con un candil en una mano y la cabeza de Nueva Zelanda en la otra, no advirtió mi presencia. Cuando cerró la puerta dejó el candil y la cabeza en un anaquel y comenzó a desnudarse. Entonces, más que quieto, me quedé estupefacto. La luz insignificante que desprendía el candil fue suficiente para ofrecerme la visión más espeluznante que había visto nunca. El arponero, efectivamente, era de piel oscura, pero su rostro y todo su cuerpo estaban cubiertos de cuadrados negruzcos que me hicieron pensar en peleas y heridas que algún médico debió curar con un buen puñado de esparadrapos. Pero no, no se trataba de eso. ¡Ni

mucho menos! Cuando presté más atención lo descubrí: ¡eran tatuajes! Los brazos, las piernas, la espalda, el pecho... Toda la piel del arponero estaba cubierta de tatuajes de color negro. Sin embargo, mi sorpresa fue aún mayor, pues, cuando el arponero se quitó el sombrero de castor que llevaba puesto, vi que estaba tan calvo como una calavera. Del horror que sentí casi estuve a punto de salir corriendo.

Pero eso no fue todo. Cuando ya estaba a punto de acostarse, el arponero guardó la cabeza embalsamada en su saco y extrajo un *tomahawk*, ¡un hacha india! Y, de manera sorprendente, podía utilizarse como arma o como pipa de fumar. ¡Dios mío!, más que fumando en pipa en seguida me vi con un hachazo entre ceja y ceja. Y todavía me veía con la cabeza abierta cuando, de repente, el arponero se lanzó de un salto a la cama. Sin poder evitarlo se me escapó un grito terrible.

Solo entonces advirtió el arponero mi presencia, y cuando comenzó a tocarme huí de la cama presa del pánico.

—¿Quién demonios tú? —dijo a continuación.

Casi sin voz intente decirle que no se me acercase.

—Yo no entender. Tú maldito. Yo matar.

El hacha comenzó a dar vueltas mientras el caníbal abandonaba la cama lentamente.

—¡Coffin! —grité—. ¡Peter Coffin! ¡Despierte! ¡Auxilio!



La sombra del caníbal estaba a punto de caer sobre mí cuando el patrón, con otro candil en la mano, abrió la puerta.

—¡Pero no tenga miedo, hombre! —me dijo, riendo—. Queequeg no le tocará un pelo de la cabeza.

—¿Por qué no me ha dicho que el arponero era un caníbal?

—¿Pero no le dije que iba vendiendo cabezas y que solo comía carne cruda?

Yo no sabía qué decir. El patrón tenía razón. Me lo había dicho, pero, sinceramente, ni se me pasó por la cabeza que mi compañero de habitación pudiese ser un caníbal salvaje.

—¡Vamos, a dormir! —dijo el patrón—. Queequeg, tu entender mí. El joven dormir tú. ¿Tú entender?

—Yo entender mucho —contestó el arponero, y a continuación volvió a la cama y me ofreció la mitad libre con un gesto tan amable que me dejó desconcertado.

—Gracias —le dije.

—Yo, Queequeg. ¿Y tú?

—Yo, Ismael.

—Bien, Ismael. Dormir ahora.

Por un instante me sentí ridículo. Había armado demasiado alboroto por nada. Al fin y al cabo, pensé, el arponero, incluso con todos sus tatuajes, era un ser humano igual que yo, y quizá tenía tantos motivos para tener miedo de mí como yo de él. Así que, por

mi parte, el incidente ya estaba olvidado. Tan olvidado que me dormí en seguida. Y, de todo corazón, puedo decir que nunca en mi vida dormí mejor.